

LA INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA SOBRE EL 11-M

Encuentro una inquietante precipitación en la publicación de «investigaciones» sobre el 11-M en formato libro. Sólo unos meses después de la masacre ya teníamos en las librerías varios títulos que pretendían contar todo lo ocurrido en el 11-M. Antes de acabar el año, los estantes estaban plagados de libros sobre los atentados. Uno de los más vendidos, *11-M. La Venganza*, de Casimiro García-Abadillo, fue editado en septiembre de 2004, seis meses después de los atentados (hemos de descontar al tiempo de redacción del libro las correcciones, la impresión y la distribución, una demora importante). Otros le precedieron, como *11-M. Mentira de Estado: los tres días que acabaron con Aznar*, de Pepe Rodríguez, cuyo título deja bien claro su contenido, y que fue uno de los más céleres. Más libros que podíamos encontrar antes de que acabara el año son: *Días de infamia: del 11-M al 14-M*, de Enrique de Diego; *11-M. Claves de una conspiración*, de Bruno Cardeñosa; y *11-M: Redes para ganar una guerra*, de David de Ugarte.

A principios de 2005, antes de que se cumpliera el primer aniversario de la matanza, ya estaban a la venta: *Voto de castigo. El despertar de la conciencia ciudadana y la derrota del PP*, de Pablo Ordaz; *¡Pásalo! Los cuatro días de marzo que cambiaron un país*, de Carlos E. Cue; *11-M. La manipulación*, de Jean Chalvidant; *11M-14M. Onda expansiva*, de Rosa María Artal; *Cuatro días de marzo*, de Consuelo Álvarez de Toledo; *Infiltrados. De ETA a Al Qaeda*, de Jorge Cabezas; *11-M. La trama completa*, de Maribel Juan; *11-14M. El cambio trágico: de la masacre al vuelco electoral*, de Enrique Gil Calvo; *11-M. Cómo la Yihad puso de rodillas a España*, de Miguel Platón; y *El agujero. España invadida por la Yihad*, de José María Irujo.

Algún título se atreve con frases como La trama completa. En un periodo de tiempo tan corto es imposible dar con la trama completa de casi nada. Menos aún con la de los atentados más graves que ha sufrido España. La trama completa del 11-M aún no la ha descifrado ni siquiera el juez instructor del caso, Juan del Olmo, con los medios de la Audiencia Nacional y el poder judicial a su servicio en un caso que va para largo. Una investigación periodística para publicar en un libro ha de llevar necesariamente un periodo de tiempo importante. Es físicamente imposible encontrar los secretos de un fenómeno tan complejo como el 11-M en sólo tres o cuatro meses de trabajo. Después de investigar hay que escribir, que también lleva su tiempo, y luego editar la obra. Es un proceso laxo que demasiados periodistas y editores resuelven con asombrosa prontitud. Entre los libros que he nombrado los hay muy buenos, alguno porque su autor ya trabajaba con información sobre los islamistas en España antes del 11-M, como el caso de José María Irujo. Las prisas, incompatibles con el periodismo de investigación, responden a razones mercantilistas. Cuanto más reciente está la matanza, más posibilidades de vender libros.

Esta precipitación es habitual en todos los grandes acontecimientos informativos. Recuerde el lector

que un par de meses después de conocerse la identidad de la futura Reina de España, las librerías ya exponían varias obras sobre Letizia Ortiz. El 19 de abril de 2005 fue elegido Papa Josef Ratzinger (Benedicto XVI). El 16 de mayo el diario La Razón anunciaba el nuevo libro de Alfredo Urdaci: *Benedicto XVI y el último Cónclave. Los secretos de la elección del nuevo Papa*. ¡No había transcurrido ni un mes desde el nombramiento y el libro ya estaba editado! En tan poco tiempo parece un milagro sólo escribirlo, sin contar la edición y distribución. Si además hablamos de descubrir los secretos del Cónclave, ni con ayuda divina es posible. Hay otros autores como Pío Moa que cada año publican una supuesta investigación histórica sobre la guerra civil española, sus antecedentes o el franquismo. Tanta celeridad resulta cuando menos sorprendente.

El Mundo, el diario que mayores medios ha desplegado en la investigación del 11-M, también se precipitó al apuntar y mantener algunas teorías, como veremos a continuación.

Alineación prensa-partidos políticos

El tratamiento periodístico del 11-M ha puesto de manifiesto, en momentos muy significativos, que hay redacciones de periódicos que en no pocas ocasiones actúan como prolongaciones de los partidos políticos. Un claro ejemplo lo vimos durante la fase de comparecencias de la comisión parlamentaria que investigaba distintos aspectos del 11-M. Leer Elidáis un día después de la comparecencia de José María Aznar era lo mismo que escuchar al portavoz socialista en el Congreso, Alfredo Pérez Rubalcaba. Las crónicas de ABC podrían haber sido escritas en la calle Génova. Al margen de la línea editorial de cada periódico y de las opiniones que vertieran sus articulistas, el tratamiento informativo trascendió de los cánones de la noticia o la crónica hacia un estilo editorializante. Las interpretaciones que hicieron, por ejemplo, La Razón y El Periódico de Catalunya, de las comparecencias del presidente José Luis Rodríguez Zapatero o del ex ministro del Interior Ángel Acebes, fueron radicalmente opuestas. Insisto en que no estoy hablando de géneros opinativos. Si leías ambas crónicas no podías creer que se tratara de la misma comparecencia. O Acebes aguantó con brillantez las acometidas de los representantes del resto de grupos políticos, que no consiguieron demostrar que mintiera entre el 11 y el 14 de marzo, o puso de nuevo en evidencia la manipulación que practicó el Gobierno con fines electorales. Además, en ciertas cabeceras de prensa no existían las medias tintas: o el compareciente estuvo brillante o todo lo contrario. No es comprensible tal divergencia en el tratamiento informativo de un mismo acontecimiento.

Centrándome en lo que nos interesa, este comportamiento también se ha reflejado en las investigaciones periodísticas sobre el 11 -M. Los dirigentes del PP leen gustosamente los hallazgos de El Mundo y para los del PSOE no tienen sentido. Tras los atentados terroristas, la polaridad habitual en los sectores de la prensa y la política se ha elevado a la enésima potencia.

«Los agujeros negros del 11-M» y «Un año después de la matanza»

Fiel a su estilo, el diario El Mundo se volcó en la investigación del 11-M desde el mismo día de los atentados. La filosofía del periódico que dirige Pedro J. es combativa. Le gusta hacer ruido y que sus portadas contradigan la versión oficial. El Mundo puso detrás de la masacre a un importante equipo de periodistas, entre ellos el vicedirector del periódico, Casimiro García-Abadillo, y el jefe del departamento de investigación, Antonio Rubio (actualmente director segundo del periódico). También han destacado los periodistas Fernando Lázaro y Fernando Múgica, entre otros. Múgica ha sido el autor de la serie titulada *Los agujeros negros del 11-M*. Estos reportajes han sido quizá la estrella de la investigación del 11-M en el diario de UNEDISA, sin desmerecer otras informaciones publicadas bajo los cintillos 11-M La investigación o La trama del 11-M. Con este despliegue, El Mundo se puso en la vanguardia del periodismo español en cuanto a las revelaciones sobre el 11-M, mientras el resto de periódicos informaban con más cautela. Cuando se acercaba el primer aniversario de los atentados, El País inauguró su sección Investigación y Análisis, que comenzó con dos especiales: La red islamista en España y Un año después de la matanza. Podemos verlos como la competencia a El Mundo.

Todo lo que considero positivo en la investigación periodística del 11-M —que no es poco— lo dejo para el siguiente epígrafe. Ahora me interesan los puntos más negativos.

El escenario surgido tras el 11-M es el siguiente. Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado reaccionaron con rapidez a los atentados. Las primeras detenciones llegaron el sábado 13 de marzo, sólo dos días después de la cadena de bombas en los trenes de la red de Cercanías. El 3 de abril, casi todos los miembros de la célula terrorista que perpetró los atentados, acorralados por la Policía en un inmueble de Leganés, se suicidan detonando la carga explosiva que guardaban. Murieron los siete islamistas y el agente de los GEO Francisco Javier Torronteras. Con las pruebas recabadas, el juez Juan del Olmo comienza la investigación judicial y, por supuesto, decreta el secreto de sumario. Es muy habitual que durante los procesos de los grandes casos judiciales los periodistas indaguen. Noticias hay muchas, pero el juez no las hace públicas hasta que levante, al menos parcialmente, el secreto sumarial. No obstante, otros funcionarios, ya sea de la Justicia o de otros poderes del Estado, son magníficas fuentes en estos casos. Las investigaciones o filtraciones en los medios de comunicación son el arma que tiene el público para acceder a la información antes de que el juez la haga pública.

En este panorama informativo, El Mundo es el diario que más sorpresas nos deparó cada mañana en sus portadas, con nuevas revelaciones sobre las distintas tramas del 11-M. Sus aciertos los reservo para más adelante. En cuanto a sus errores, estimo que hay uno primordial y que, desgraciadamente, es habitual en la práctica del periodismo de investigación. Me refiero a las investigaciones que

comienzan por las conclusiones: un medio de comunicación cree que algo ha ocurrido de una manera determinada y se empeña en descubrirlo tal cual, siguiendo una línea de investigación muy clara desde el principio. La hipótesis sólo es la premisa de un trabajo. A través de la investigación demostramos que la hipótesis es cierta y entonces formulamos las conclusiones. Lo que no podemos es dar por hechas las conclusiones cuando todavía no las hemos alcanzado. En las investigaciones periodísticas, las hipótesis han de quedarse en las redacciones. A las portadas deben llegar las conclusiones. El diario El Mundo ha encontrado muchas sombras en la actuación de las fuerzas de seguridad del Estado durante la preparación de los atentados terroristas y después del 11 de marzo y ha elaborado varias teorías.

El punto de partida lo encontramos el domingo 18 de abril en una información de Fernando Múgica titulada Los agujeros negros del 11-M, que luego daría nombre a toda la serie, y que incluía el subtítulo Una investigación de El Mundo. El autor comienza el texto diciendo que ya han pasado 39 días y es el momento de reflexionar sobre los datos revelados por los investigadores oficiales —«una versión policial repleta de incongruencias»— y «ante todo, sobre nuevos elementos que ponen en duda muchas de sus conclusiones». Poco más de un mes no me parece demasiado tiempo para un texto de estas características. Múgica añade que El Mundo ha conversado con «fuentes de los distintos cuerpos de seguridad del Estado-, testigos cercanos a los detenidos y analistas de varias embajadas». A partir de aquí el periodista comienza a disparar fuerte:

En los días previos a las elecciones se preparaban, en secreto, golpes de mano espectaculares contra la cúpula de ETA. (...) Al presidente le tienen preparado un regalo de fin de curso. (...) Las Fuerzas de Seguridad le van a dar una gran satisfacción que a la vez servirá como una última catapulta electoral para arrasar en los comicios: la captura, de golpe, de toda la cúpula de la banda y de prácticamente todos sus comandos. (...) Se ha elegido cuidadosamente la fecha del gran golpe: la noche del viernes 12 de marzo.

Nada hemos vuelto a saber de esto. El autor narra que el 11 de marzo, al verse sorprendidos por los atentados, las fuerzas de seguridad comprueban que todos los elementos etarras que estaban siendo vigilados siguen en su sitio. Para justificar el aborto de una operación que habría acabado «con el grueso de la organización terrorista», Múgica dice que el viernes 12 de marzo «hace ya horas que por puro sentido común se ha paralizado la operación, preparada para esa noche, para detener a toda la cúpula etarra». Esto no es verosímil. No entiendo el «sentido común» por el que se descarta el descabezamiento de ETA. Si los jefes etarras estaban en el punto de mira, los atentados podrían haber provocado la precipitación de las detenciones, pero nunca el abandono de la operación. Si existen otras razones para el aborto de la operación, el periodista no las ha escrito.

Múgica también asegura que hay informaciones sobre la preparación de atentados por parte de ETA en los que utilizaría mochilas bomba y que los etarras también habían conseguido fabricar bombas

accionadas mediante teléfonos móviles. Más adelante, el redactor de El Mundo plantea su primera teoría, según la cual el Gobierno fue engañado sobre la marca de la dinamita para que cometiera el error de atribuir el atentado a ETA:

Comienza la trampa. Un miembro de los Cuerpos de Seguridad envía por teléfono y desde el mismo lugar de los hechos la primera valoración del explosivo. Siempre de viva voz y sin que nadie ponga todavía nada por escrito se nombra la palabra mágica: Titadine. "(...) El error al transmitir el informe sólo puede ser intencionado."

Para el periodista de El Mundo estamos ante una conspiración de las fuerzas de seguridad para confundir al Gobierno y que éste meta la pata. La información sobre el tipo de explosivo se la transmitió el comisario jefe de Seguridad Ciudadana, Santiago Cuadro, al subdirector general de la Policía, Pedro Díaz Pintado, que fue quien se lo comunicó al Gobierno. Cuadro asegura que el agente no le nombró la palabra Titadine y él tampoco lo hizo. Díaz Pintado sostiene que él escuchó esa marca de dinamita en boca de Cuadro. Lo único demostrado hasta la fecha (mayo de 2005) es que hubo una confusión. Aquí llega lo mejor. El propio Fernando Múgica así lo reconoce en la entrega del número XVII de *Los agujeros negros del 11-M* (16/05/2005), donde dice que es «la palabra de uno contra el otro» y un «error inicial». Múgica mantiene que esto sirvió para engañar al Gobierno, pero ya no habla de una maniobra intencionada. Adiós al punto estrella de la teoría de la conspiración. La narración de Múgica en la primera entrega de *Los agujeros negros del 11-M* continúa con una nueva prueba de esa conspiración contra el PP:

Un grupo de mandos policiales y algunos agentes del CNI, de la cuerda más dura y leal al partido socialista, informan a sus dirigentes de todos los detalles que puedan conducir la situación en beneficio propio (...) Llamam cada pocos minutos a una célula del PSOE que obtiene así información privilegiada, lo que les permite montar una estrategia eficaz contra el Gobierno.

Múgica no cita las fuentes en ningún momento, por lo que me voy al párrafo inicial y supongo que el origen de la información son «fuentes de los distintos cuerpos de seguridad del Estado». La conspiración contra el Gobierno continúa con la furgoneta que usaron los terroristas, la famosa Renault Kangoo. Según Múgica, «en la revisión de la furgoneta se tardan las horas suficientes como para el Gobierno se meta un poco más en la trampa de la autoría de ETA». Con la perspectiva del tiempo, creo que es innegable que el Gobierno del PP apostó por la autoría de ETA sin caer en trampas. Aún hoy sus líderes no descartan que la banda terrorista vasca tenga algo que ver con la matanza. Múgica insiste una y otra vez en eximir de responsabilidades a Aznar, Acebes y compañía por la obcecación en la tesis de ETA.

Más «pruebas» de la conspiración. Múgica asegura que las mochilas bomba que no detonaron fueron explosionadas (todas menos una, la que condujo a las primeras detenciones). El periodista de El Mundo sostiene que:

En todos los casos los artificieros optan por destruirlas inmediatamente. Se vuelan por los aires de esa manera pistas materiales que parecen imprescindibles para el esclarecimiento de los hechos.

Ahora sabemos que los agentes de los TEDAX (Técnicos en Desactivación de Explosivos) intentaron desmontar dos de esas bombas pero no lo lograron y estallaron accidentalmente. Precisamente, en una entrevista en El Mundo (03/03/2005), Casimiro García-Abadillo pregunta al Tedax Pedro —el que desactivó la mochila bomba intacta— sobre «dos intentos de desactivación que resultaron fallidos». El especialista le contesta que «la desactivación tiene algo de cirugía; hay veces que se nos va la carga explosiva». Ambos dan por hecho que no hubo voladuras intencionadas. Otra teoría que se desmorona.

En la parte final del extenso reportaje (ocupa 16 páginas en formato DIN A4), Múgica apunta sin ambages que la decisión de asaltar el piso de Leganés donde estaban arrinconados los terroristas se tomó para que éstos hicieran estallar los explosivos y así volaran en mil pedazos todas las pruebas que podían permitir el esclarecimiento de la verdad. La práctica totalidad de las informaciones posteriores, incluidos los libros de Casimiro García-Abadillo (2004) y José María Irujo (2005), que relatan con minuciosidad este episodio, descartan esta teoría. Un miembro de los GEO intentó negociar, pero viendo que era imposible, el responsable del Grupo de Operaciones Especiales ordenó el asalto. Por las llamadas que hicieron a sus familiares despidiéndose de ellos y el carácter de los terroristas, no hay duda de que no se iban a entregar vivos.

Los treinta y nueve días de los que hablaba Fernando Múgica al principio de su reportaje se han mostrado más que insuficientes para encontrar la verdad sobre el 11-M. El periodista descubrió puntos oscuros, lagunas, y armó sus teorías, que se han demostrado falsas. Por encima del periodista la responsabilidad es del director del periódico, que consistió la publicación de una investigación de dudosa credibilidad.

El Mundo se ha empeñado en otras hipótesis que no ha podido demostrar con sus investigaciones, pero que sí ha publicado. El periódico de UNEDISA ha insistido hasta la saciedad en la supuesta relación entre ETA y los terroristas islamistas. Hoy no hay nada que lo demuestre. El diario que dirige Pedro J. Ramírez continúa apoyando esta línea de investigación en tres pruebas:

- El robo de un coche que perpetró ETA en el callejón donde está la casa del ex minero José Emilio Suárez Trashorras (quien proporcionó la dinamita a los islamistas).
- La simultaneidad de las dos caravanas de la muerte (la de los autores del 11-M y la de los explosivos que ETA trasladaba a Madrid y fueron intervenidos).
- El nombre del etarra Henri Parot en el bolsillo del integrista Abdelkrim Benesmail (ambos presos).

El Mundo se resiste a creer que esto sean coincidencias, pero hasta que no se demuestre lo contrario, eso es lo que son. Tanto el CNI como los servicios de información de la Guardia Civil y la

Policía han insistido verbalmente y por escrito en que esa conexión entre terroristas no se produjo. Todos los mandos que han pasado por la comisión parlamentaria que investigó los atentados han negado esta teoría. Desconozco si algún día aparecerán pruebas concluyentes y definitivas de una supuesta colaboración entre etarras e islamistas en el 11-M, pero hoy no existe ninguna duda: nadie las ha publicado y todo apunta a que no existió una conexión entre etarras e islamistas.

Desde las páginas de este periódico también se ha apuntado claramente hacia los servicios de inteligencia de Marruecos, a los que atribuyen un importante papel en la masacre. Tampoco lo han demostrado. Lo mismo ocurre con la teoría de que los hombres de Rafael Vera (ex secretario de Estado de Seguridad) en el CNI ocultaban información al Gobierno de Aznar para que éste perdiera las elecciones. Si en todo esto hay algo cierto, El Mundo debe descubrirlo sin dejar lugar a dudas. Lo que no es de recibo es que se publiquen elucubraciones, indicios, sospechas y conjeturas. Lo he repetido en varias ocasiones: el periodismo trabaja con hechos comprobados. Es desgraciadamente muy habitual, sobre todo en los géneros opinativos, escuchar o leer a un periodista que dice algo como «Marruecos tiene controlados a todos los islamistas de ese país en España. ¿Y si se enteró de los preparativos de la masacre y no se lo comunicó al Gobierno español para que después de los atentados Zapatero ganara las elecciones y el nuevo Gobierno apoyara a Marruecos en el Sahara?». Si a un medio de comunicación esta teoría le parece viable porque tiene pistas, adelante, que se pongan con la fase de las pesquisas y, si resulta exitosa, pasen a la publicación. El lector agradecerá que los periodistas investiguen y les informen si encuentran algo, no antes. Las informaciones sobre el papel que pudieron desempeñar los servicios de información marroquíes parten de unas cartas anónimas que recibió el director del periódico, Pedro J. Ramírez, en las que distintos autores desconocidos daban por hecho que el país vecino estaba detrás del atentado. Casimiro García-Abadillo lo cuenta en su libro *11 M. La Venganza* (2004: 192 y ss.). El vicedirector de El Mundo reconoce que:

Podía tratarse de un loco, un bromista o bien de alguna persona con información que quería orientar nuestro trabajo en la dirección que a él le interesaba (Ibídem: 193).

Sin duda, sus tesis eran muy atrevidas y, en todo caso, sólo sustentadas en hipótesis. Sin embargo, sus afirmaciones sobre algunos aspectos de la investigación eran muy acertadas (Ibídem: 195).

Si hay algún país al que le vino bien el cambio político producido en España tras las elecciones, ese país es Marruecos (Ibídem: 196).

García-Abadillo admite que sólo son hipótesis, pero ata cabos y saca a colación lo bien que han ido las relaciones entre España y Marruecos desde la victoria de Rodríguez Zapatero y los beneficios que ha obtenido el vecino del sur, sobre todo en el giro copernicano de la política española sobre la antigua colonia del Sahara (ibídem: 195 y ss.). El contenido del anónimo enviado a Pedro J. no debería haber sido revelado si los periodistas no han logrado descubrir su veracidad. Las relaciones

tendenciosas entre lo que dice una fuente anónima y lo que sucedió después no demuestran que el régimen de Mohamed VI —por el que no siento ningún aprecio— colaborara en la masacre u omitiera informaciones al Gobierno español para que los atentados no fueran frustrados.

El Mundo tiene en sus filas grandes periodistas de investigación (Pedro J. apostó por ello desde que fundó el periódico), pero ha errado en el enfoque de su trabajo sobre el 11-M. Ha protagonizado muchos aciertos, los veremos. Pero no ha dejado los rumores en la redacción y los ha llevado a la primera plana. El Mundo comenzó la investigación por las conclusiones que mejor le encajaban. El tiempo ha puesto en su sitio muchos errores. No es coincidencia que toda estas teorías sean del agrado del Partido Popular.

El juego político de los medios se ha puesto de manifiesto en infinidad de ocasiones. El Mundo destapó que un militante del PSOE de Gijón, Fernando Huarte, mantenía contacto con islamistas (entre ellos Abdelkrim Benesmail, uno de los cabecillas de la matanza del 11-M) y era espía del CNI desde 1992 (una información firmada por Agustín Yanel el 22 de marzo de 2005). El periódico intuye que pudo tener información sobre los atentados y no la transmitió al Gobierno. Unos días después, la Cadena SER anuncia que un concejal del PP de Paiporta (Valencia) se reunió con dos islamistas detenidos posteriormente por su relación con los atentados. ¿Se imaginan a El Mundo publicando la información de la SER y viceversa? Yo no. Cada medio de comunicación investigó (o publicó una filtración) según unas premisas poco periodísticas. Estamos ante casos en los que el móvil no era la búsqueda de la verdad, sino la búsqueda de su verdad, la que interesa a la línea editorial del medio de comunicación.

En el mar de información sobre el 11-M encuentro datos divergentes incluso en periodistas de la misma cabecera de prensa. Ernesto Ekaizer publicó en El País el 9 de marzo de 2005 (pp. 18-20) el capítulo número siete de la serie especial *Un año después de la matanza*. El título del reportaje era *El hundimiento de la tesis de ETA*. A juicio del periodista argentino, la cumbre policial que se celebró el día 11 de marzo de 2004 a las 17:30 en la sede de la Dirección General de la Policía descartó completamente la autoría de ETA y apuntó hacia el terrorismo islamista. En esta cita queda claro que la dinamita no es marca Titadine, que no existen bombas trampa en los trenes y que en la furgoneta intervenida había una cinta magnetofónica con versos coránicos y unos detonadores. Para el periodista de El País, a partir de aquí el PP forzó la teoría de ETA sin ninguna consistencia. Los análisis de otros periódicos coinciden en que esta reunión fue el punto de inflexión entre ETA y los islamistas, pero no lo muestran de forma tan tajante. José María Irujo, también de El País, y buque insignia de la sección Investigación y Análisis, con la que colaboró Ekaizer con su reportaje, reconoce que esa reunión no provocó el abandono definitivo de la tesis de ETA. En su libro *El Agujero* (2005), Irujo dice:

(Después de la reunión) La vía del terrorismo islamista estaba abierta.

Pero seguían las dudas. El antiguo jefe antiterrorista lo explica así: «El tema de las matrículas no es definitivo. La sustracción tampoco porque ETA está substrayendo con llaves propias vehículos» (...)

Pedro Díaz Pintado, el subdirector general operativo de la policía, salió de aquella reunión con dudas. La aparición de la cinta abrió una puerta con la que hasta entonces no contaban. «Esa misma tarde Acebes nos preguntó: 'Ha sido ETA, ¿sí o no?' Y nosotros le dijimos que no se podía decir ni sí ni no. Los investigadores no dieron ni el 11 ni el 12 de marzo prioridad a ninguna línea de investigación, ni a ETA ni al terrorismo islámico» recuerda (Irujo, 2005: 322).

Según Ekaizer en El País, Acebes mentía desde la tarde del 11 de marzo. Según Irujo, el mejor periodista de investigación del diario del Grupo PRISA, pese a que ganaba enteros la vía islamista, aún había dudas razonables. Me quedo con la versión del libro *El agujero*. La investigación de Irujo es bastante más ardua y pone de manifiesto, una vez más, que en los libros hay más libertad que en los periódicos. A la línea editorial de El País le venía de perlas lo que contó Ernesto Ekaizer: que Ángel Acebes es un mentiroso. Después de estudiar los sucesos del 11-M, creo que Irujo está mucho más cerca de la verdad porque no se queda con la información parcial (las pruebas que apuntaban a ETA y que se desvanecen), sino que va más allá y recoge las dudas que aún tenían los expertos policiales y que fueron transmitidas al entonces ministro del Interior. En la información de Ekaizer hay una manipulación clara; en la de Irujo se ha buscado la verdad al margen del beneficio político.

Los errores relatados en este epígrafe son consecuencia directa de los dos primeros agentes marginadores del periodismo de investigación: la relación de la gran empresa periodística con el poder político y el deficiente tratamiento de las fuentes de información.

Los aciertos de la investigación periodística

He de hacer justicia con el diario El Mundo, al que he criticado duramente (no sin razón), y reconocer sus aciertos en el tratamiento informativo del 11-M. Los periodistas de Pedro J., bajo la coordinación de Casimiro García-Abadillo, se volcaron en la investigación de todo lo que rodeó y rodea al peor atentado terrorista sufrido en suelo español. Son muchas las exclusivas que han logrado en el tiempo transcurrido desde la fatídica fecha. Con ellas han puesto en evidencia las abundantes negligencias policiales que permitieron que los planes de los islamistas siguieran adelante y la descoordinación entre los distintos cuerpos de seguridad del Estado. El Mundo ha demostrado que la Guardia Civil de Asturias tuvo información puntual sobre el tráfico de explosivos y que la desestimó. Para ello, el periódico ha contado con las confidencias de Francisco Javier Lavandera, un confidente de la Guardia Civil de Asturias que alertó en 2001 sobre una banda de delincuentes, de la que formaban parte Emilio Suárez Trashorras y Antonio Toro (imputados por el 11-M), que ofrecía grandes cantidades de explosivos. Estas denuncias fueron grabadas por un agente de la Benemérita y alguna de las cintas fue ocultada deliberadamente, como revela la entrega número XVI de Los agujeros

negros del 11-M (4/05/2005). Este diario también informó de los distintos avisos que dio' el confidente policial Rafa Zouhier sobre la venta de los explosivos. Fue él quien puso en contacto a los asturianos con «los moriros», utilizando el argot policial. El Mundo también localizó en el Caribe a un antiguo compinche de Trashorras y Toro, conocido como Nayo (su nombre es José Ignacio Fernández). Está huido de la Justicia. El periodista Fernando Lázaro lo encontró y lo entrevistó (publicado el 24 de febrero de 2005 en portada), demostrando que, por alguna razón, a las fuerzas de seguridad españolas no les interesaba detenerlo. Antonio Rubio descubrió que El Chino-, uno de los cabecillas de la célula terrorista muerto en el suicidio de Leganés, trabajaba para un narcotraficante marroquí que operaba desde Marbella {«El Chino trabajaba para un narco marroquí que operaba desde Marbella», en El Mundo, 15/03/ 2005).

En otra información, Fernando Múgica narra en el decimoséptimo capítulo de *Los agujeros negros del 11-M* que la bomba desactivada por un agente de los TEDAX en realidad no podía explotar porque tenía un cable suelto. Esta información se supo en cuanto los técnicos de explosivos hicieron una radiografía del artefacto, pero este dato no se transmitió al juez Juan del Olmo hasta tres meses después. El periodista lo descubre gracias a que ha tenido acceso a uno de los autos del magistrado. Esta mochila es trascendental en la investigación porque el teléfono móvil que contenía condujo a las detenciones, gracias a la tarjeta SIM, que ofrece gran cantidad de información. El periodista se pregunta con acierto por qué los terroristas usaron como iniciador un celular con su tarjeta dentro, en vez de un aparato que no la necesitara para hacer sonar la alarma e iniciar la detonación (por ejemplo un terminal marca Siemens). La tarjeta es la pista que los delató.

El 31 de mayo de 2005 El Mundo lleva en portada una investigación de Antonio Rubio titulada «Las notas de 'Cartagena prueban que la policía controlaba a los jefes del 11-M». El imam Abdelkader al Farssaoui, alias Cartagena, es un confidente policial que suministró importante información a la UCIE, la unidad de la Policía especializada en terrorismo islámico, sobre los terroristas que después provocaron la masacre del 11-M y que no fueron detenidos a tiempo. Otro acierto de la investigación del diario que dirige Pedro J. Ramírez lo firmó el 26 de septiembre de 2005 el periodista marroquí Ali Lmrabet. Sin apenas dificultad, éste localizó a Mohamed Haddad jugando al dominó en un café de Tetuán, al que acude prácticamente a diario, pese a que la policía marroquí informó al juez Del Olmo que Haddad estaba en paradero desconocido. Testigos presenciales aseguran haber visto a Haddad en los trenes del 11-M. Lmrabet demuestra que, por alguna razón, a las fuerzas de seguridad marroquíes no les interesa detener a este sospechoso de haber participado en la masacre.

Resumiendo, El Mundo descubrió que algo olía a podrido en la corte de Dinamarca.

Los libros ya nombrados de Casimiro García-Abadillo y José María Irujo coinciden en varios puntos, como son la marginación que sufrió el Centro Nacional de Inteligencia después de los atentados o la manipulación que hizo el Gobierno con fines electorales. Abadillo demuestra esto último en *11-M. La*

venganza, aunque no entra a hacer valoraciones. Se limita a describirlo (sí las hace, negativamente, en episodios como el «pásalo» y las concentraciones ante las sedes del PP en la víspera electoral). El periodista de El Mundo presenta como fuentes gran cantidad de documentos policiales reservados y hace una minuciosa reconstrucción de las detenciones y del asalto al piso de Leganés. La verdad es que consiguió muy buena información en un tiempo récord, aunque no cita directamente su procedencia.

El libro de Irujo *El Agujero* es una obra muy completa sobre los movimientos islamistas en España. El periodista contó con una gran ventaja respecto a sus competidores: informaba desde el año 2001 en El País sobre la implantación del islamismo radical en España. Esta investigación describe minuciosamente los pasos de la célula de Abu Dahdah, y otras corrientes *yihaidistas* que desembocarían en el 11-M. Irujo, sin tabulaciones ni especulación, demuestra la gran descoordinación policial y la imprevisión que permitieron a los terroristas consumir sus planes. Las fuerzas de seguridad y el Gobierno estaban convencidos de que España sólo era una base logística del terrorismo islamista y que éste no golpearía en nuestro territorio. Después del 11-S todos los servicios de inteligencia y policiales encargados de Al Qaeda en Europa ampliaron sus plantillas y medios para esta lucha. Menos España. José María Irujo recaba todos estos datos y demuestra que sus hallazgos son ciertos gracias a una muy buena utilización de las fuentes, rigurosamente citadas. El periodista contó con los autos de procesamiento de la célula española de Al Qaeda (instruidos por el juez Baltasar Garzón) y con importante información elaborada por compañeros suyos en El País. *El Agujero. España invadida por la Yihad* es, a mi juicio, una investigación sobresaliente. El mismo periodista firmó la primera serie de la sección Investigación y Análisis de El País, titulada *La red islamista en España* y compuesta por tres capítulos en los que se retrata a Allekema Lamari (28/02/2005), Abu Dahdah (1/03/2005) y Mustafá Setmarian (2/03/2005), tres piezas clave en el islamismo radical alineado en España. Irujo también colaboró con otros compañeros en varios capítulos del siguiente serial, el ya nombrado Un año después de la matanza, publicado en ocho entregas en la primera quincena de marzo del mismo año. Ambas series de reportajes contienen valiosa información, gran parte de ella recogida en *El Agujero*.

García-Abadillo e Irujo se han acercado en sus libros al fenómeno del 11-M con menos condicionantes políticos que El Mundo y El País. Estos dos reportajes nos adentran en los sucesos con mayor honestidad que los dos grandes periódicos, además de la profundidad propia de un trabajo extenso. Irujo insiste en que el apoyo español a la guerra de Iraq no fue determinante en la comisión de los atentados, ya que los ataques estaban siendo preparados desde mucho tiempo atrás. Éste es un argumento cierto al que se ha agarrado el PP, pero que El País no publicita en demasía. El periódico suele optar por la segunda parte de la información, también recogida por Irujo, que mantiene que el papel español en Las Azores incrementó el riesgo de atentados en España. En una

entrevista al ex director del CNI, Jorge Dezcallar, el periodista Miguel González elige como titular esta declaración: «El papel de España en Irak aumentó el riesgo de atentado» (El País, 10/03/2005: 21). La virtud del libro de Irujo es que recoge al mismo nivel ambas informaciones porque no son incompatibles. Después de estudiar con detenimiento el 11-M me ha quedado claro que los islamistas ya planeaban atentar en España desde antes de la contienda de Iraq y que ésta aumentó el riesgo. Distintos sectores de la prensa se alinean con partidos políticos y se quedan tendenciosamente con sólo una parte de la información.

El diario La Vanguardia también ha publicado muy buenas investigaciones sobre el 11-M. Coincidiendo con el primer aniversario de la matanza, Eduardo Martín de Pozuelo firmó dos reportajes el 10 y el 12 de marzo sobre el suicidio de Léganos y sobre la formación de la trama islamista en España, respectivamente. Unos días antes, el 6 de marzo, el mismo periodista había presentado otro reportaje en Magazine, el semanal del periódico barcelonés, el que narró el modus operandi de estas células terroristas.

El diario ABC, por su parte, consiguió una entrevista en Marruecos con la madre de Jamal Ahmidan, El Chino, publicada el 12 de septiembre de 2004. La realizó Luis de Vega.

El 11-M en televisión

Los reportajes sobre el 11-M emitidos en televisión no se caracterizaron por la investigación, aunque sí hubo alguno digno de mención coincidiendo con el primer aniversario de la tragedia. Con la perspectiva del año transcurrido y echando mano de las informaciones que habían ido apareciendo en la prensa y en otros medios, pudimos ver interesantes productos audiovisuales. Telecinco emitió el 7 de marzo de 2005 la primera parte de su especial 11-M. Mostró muchos y variados testimonios que recogían distintos puntos de vista mostrados por políticos y periodistas. Entrevistaron a varios corresponsales de medios extranjeros en España que dieron una visión original y recopilaron cómo distintos medios de comunicación fueron informando sobre los atentados, incluido el episodio del terrorista suicida de la Cadena SER. Esta primera entrega se centró en los días 11, 12 y 13 de marzo de 2004, con la actuación del Gobierno como protagonista. El enfoque no fue partidista. Al día siguiente, la segunda parte se centró en los autores de los atentados y en las víctimas. Mostraron el exterior y el interior de la casucha que utilizaron los terroristas en Morara de Tajuña. El reportaje también mostró un vídeo doméstico de una boda en el que aparecía toda la supuesta cúpula de Al Qaeda en España. El vídeo lo logró la revista Interviú, cuyos derechos adquirió Telecinco.

Por su parte, El Mundo TV realizó para Telemadrid un muy interesante especial titulado *11-M. Historia de un atentado*, dividido también en dos capítulos (emitidos el 10 y el 11 de marzo de 2005), que después fueron distribuidos con el diario El Mundo en formato DVD. La productora optó por un estilo moderno, y un tanto sensacionalista en lo que a imagen se refiere, que consistió en grabar las

entrevistas con movimientos de cámara frenéticos y dando la sensación de que el operador de cámara se ocultaba del entrevistado, como un espía que captaba encuentros furtivos. Creo que es más acertado en los géneros informativos instalar un trípode o portar la cámara en mano pero sin marear al espectador. También captaron imágenes con cámara oculta que se podían haber logrado por el método convencional, como las entrevistas a mineros asturianos. Al margen de esta impronta mercantilista de El Mundo TV, el documental es francamente bueno y lleva tras de sí mucho trabajo. Los autores entrevistaron a varios analistas muy cualificados, nacionales e internacionales, que mostraron sus grandes conocimientos del movimiento terrorista islamista. Algunos de ellos fueron el catedrático Fernando Reinares, el periodista Jason Burke —gran especialista en Al Qaeda—, y también autores y expertos musulmanes, algo que, desgraciadamente, no es habitual ver en nuestras televisiones.

Captaron con cámara oculta a Carmen Toro, hermana de Antonio Toro y esposa de Emilio Suárez Trashorras (ambos imputados por la venta de los explosivos), quien defendió su inocencia y la de su familia. Con la misma técnica grabaron en Marruecos testimonios de musulmanes que confiesan haberse alegrado por la matanza. El Mundo TV también mostró imágenes en exclusiva de campos de entrenamiento terrorista. Entrevistaron al agente de los TEDAX que desactivó la mochila número 13 y a miembros de la Guardia Civil que contaron cómo neutralizaron las bombas colocadas posteriormente en las vías del AVE. También pusieron voz a las víctimas. Además, la productora que lidera Melchor Miralles reconstruyó con actores la preparación de la masacre (también grabaron en la casa de Morara), la colocación de las bombas y el suicidio en el piso de Leganés. La valoración global que hago de este trabajo es muy positiva, sobre todo gracias a la diversidad de fuentes cualificadas consultadas.

El reportaje que más polvareda levantó también lo emitió la emisora pública madrileña, concretamente el 14 de marzo de 2005. Aunque no pertenece al género que estudio en este libro, voy a mencionarlo brevemente. Los servicios informativos de Telemadrid elaboraron un producto muy del gusto del PP, en el que hicieron hincapié en el papel desempeñado por la Cadena SER. Esta emisora es muy poderosa e influyente, pero no basta el punto de propiciar el vuelco electoral como catalizadora de los grupos políticos y otros colectivos. Este especial, *titulado Los tres días que cambiaron España*, censuró también la actuación de los partidos de la izquierda política entre el 11 y el 14-M y el «pásalo» de los móviles. Además, maquilló la actuación del Gobierno de José María Aznar y no buscó en ella las razones de la derrota de Mariano Rajoy. Los comités de empresa del ente público y las secciones sindicales de CCOO, UGT y CGT pusieron el grito en el cielo al día siguiente de la emisión. Por supuesto, a estas organizaciones sindicales no les gustó el reportaje. Son parte implicada en la izquierda política. Al igual que los directivos de Telemadrid (nombrados por el Gobierno de Esperanza Aguirre), sólo ven su verdad. El periodismo de investigación es

incompatible con estas pasiones.